

la victoria final del torero. Ahora la fiesta nacional cambia de significado poético, porque es la lucha indómita contra la represión. De ahí que acabe escribiendo un poema escénico como «El matador», en el que se cruzan los papeles y el toro termina lidiando y matando al torero.

El árbol desarraigado se convierte en otra imagen plástica para la poesía de Alberti. En una primera lectura asume claramente la idea del desplazamiento, de la pérdida de lugar provocada por el destierro. Pero hay una segunda intención más grave para un poeta como Alberti, que se siente portavoz de la cultura y las tradiciones de su pueblo. El exilio significa la pérdida de contacto con esa tradición y una posible sequedad. ¿Cómo seguir cantando sin la ayuda del riego natural? Es la preocupación del soneto «Esta pobre raíz»:

Ya no sabes qué hacer, planta sin riego,
pobre raíz, que el agua no sustenta,
cada vez más al aire y más cruenta
la mano, cada vez, que te echa al fuego.

(OC, II, 799)

La imagen de la otra orilla permite una plasmación geográfica para la distancia del desterrado. Se produce un existir paralelo entre dos territorios que viven forzosamente en la lejanía. En una orilla la realidad y en la otra los símbolos de la memoria: la bahía de Cádiz, el colegio, la juventud artística madrileña, el heroísmo de la guerra, etc. «Si, mar, lo sé; tú eres, para mí, la otra orilla», afirma el poeta en *Pleamar*. La otra orilla es el mundo perdido, el mundo que se debe recuperar y el territorio de la memoria que propicia elementos nostálgicos para los poemas. Buena parte de sus versos se convierten en una confusión de orillas, en las interferencias del pasado y el presente. La poesía es el barco que cruza de nuevo la mar, a veces con afán premeditado, a veces sin control, al hilo de una coincidencia espontánea. Como estudió Aurora de Albornoz,⁶ ejemplo de regreso intencionado es el libro *Retornos de lo vivo lejano*; y ejemplo del segundo caso es *Baladas y canciones del Paraná*, otro de los poemarios importantes del exilio albertiano. La sorpresa de un recuerdo imprevisto desata el poema, como ocurre en la famosa «Canción 8»:

Hoy las nubes me trajeron,
volando el mapa de España.
¡Qué pequeño sobre el río,
y que grande sobre el pasto
la sombra que proyectaba!

(OC, II, 687)

El toro, como nobleza derrotada que debe resurgir, el árbol desarraigado, como desplazamiento y peligro de sequedad, y la otra orilla, recuerdo y esperanza de regreso, condensan simbólicamente el mundo poético de Alberti durante el exilio. Hay además una serie de elementos consoladores que enriquecen de forma muy llamativa su escritura. En una época de muerte, injusticia y separación, la poesía se llena de

⁶ «Por los caminos de Rafael Alberti», *Hacia la realidad creada*, *Península*, Madrid, 1979, pp. 221-237.

un vitalismo manifiesto y de un gusto arrebatador por la belleza. El poeta se siente equilibrado frente a la realidad hostil por una voluntaria reafirmación estética y amorosa de la vida.

El erotismo cobra entonces un protagonismo antes desconocido antes en su poesía. Basta recordar los «Sonetos corporales» de *Entre el clavel y la espada*, o el «Diálogo de Venus y Priapo», añadido posteriormente al mismo libro. El amor y los deseos eróticos aparecen como una trinchera frente a la muerte:

¿Dinamita a la luna también? Vamos.
Muerte a la muerte por la muerte: guerra.
En verdad, piensa el toro, el mundo es bello.

Encendidos están, amor, los ramos.
Abre la boca. (El mar. El monte.) Cierra
los ojos y desátate el cabello.

(OC, II, 69)

En estos mismos versos se puede comprobar que otro de los elementos consoladores es la naturaleza, exaltada como territorio de felicidad, de fuerza y movimiento, de voluntad paciente para sobrevivir. Lo natural es espacio de vida libre y de belleza. Llega incluso a vislumbrarse una voluntad natural unificada, casi pitagórica o panteísta, que protagoniza partes muy significativas de los poemas. Todo palpita vivo, transformándose, en atractiva y permanente metamorfosis. El poeta debe estar atento a los posibles cambios y anotarlos, para poder identificarse así con las fuerzas más positivas de la existencia. En «Metamorfosis del clavel», sin salirnos aún de *Entre el clavel y la espada*, la metamorfosis de la vida en movimiento centra el tono de los poemas:

Junto a la mar y un río y en mis primeros años,
quería ser caballo.

Las orillas de juncos eran de viento y yeguas.
Quería ser caballo.

(OC, II, 87)

En otro poema, sin embargo, el caballo quiere ser hombre y pide sábanas, Lola se hace ola de mar, un gallo se convierte en muchacho y es abrazado por una mujer, etc. La vida, el erotismo, el misterio de las transformaciones, todo esto unifica la voluntad de la naturaleza como territorio de supervivencia. Es el caso también de uno de los poemas más conocidos de Alberti, «Se equivocó la paloma», perteneciente a este mismo capítulo. Me parecen erróneas las interpretaciones que buscan una primera intención política, apuntando hacia el final injusto de la guerra; el mundo simbólico del poema se basa en este misterioso poder de unidad y transformación, en este territorio de vida donde se pueden abrazar el Norte y el Sur, las estrellas y el rocío, el calor y la nevada, el cielo y el mar. Y donde el tú femenino, destinatario del poema, puede intercambiar finalmente su papel con la paloma:

(Ella se durmió en la orilla.
Tú, en la cumbre de una rama.)

(OC, II, 90)

Es, junto a la interferencia de la otra orilla, «el eterno espectáculo de las transformaciones», que Alberti seguirá agradeciendo años más tarde, en los poemas de *Abierto a todas horas*.

Pero el camino poético de compensación más importante hay que buscarlo en el interés de Alberti por delimitar algunos paraísos artificiales, o mejor, algunas arboledas perdidas, utilizando un vocabulario propio del poeta. Se trata de definir territorios de felicidad, bien delimitados y llenos de carácter positivo para su biografía y su obra.⁷ Son arboledas perdidas muy concretas, cerradas, porque cada una de ellas asume el protagonismo de un libro: la pintura, la memoria y la bahía de Cádiz, que corresponden a *A la pintura. Poema del color y de la línea* (1948), *Retornos de lo vivo lejano* (1952) y *Ora marítima* (1953).

El carácter de reivindicación que la belleza tiene frente a la muerte y la injusticia queda reflejado en el adelanto de *A la pintura* que publicó la Imprenta López en 1945. Es significativo, por su tono himnico, que el libro se subtitule aquí *Cantata de la línea y el color*. Pero sobre todo nos interesa la siguiente nota: «Se estaban imprimiendo los últimos pliegos de esta cantata cuando el cable difundió la noticia de la terminación de la guerra en el mundo. A la paz y al triunfo de la inteligencia y de la justicia contra la barbarie dedicamos esta cantata. ¡Que triunfen de nuevo la poesía, la línea, el color, y que la sangre derramada no lo haya sido en vano!» (OC, II, 373).

A la pintura es un libro de celebración, un canto que funciona como elemento consolador. De ahí su tono himnico, la exaltación humana de la estética y el uso continuo de la naturaleza para describir el paraíso de la pintura, los recuerdos del Museo del Prado y el estilo de cada uno de los pintores. Leonardo es la luz hecha ángel, Miguel Ángel «el amado del rayo y la tormenta», Picasso un toro azul que se arranca del toril, y el trabajo de los pintores en general una ventana abierta hacia la vida:

¡Oh asombro! ¡Quién pensara que los viejos pintores
pintaron la pintura con tan claros colores;
que de la vida hicieron una ventana abierta,
no una petrificada naturaleza muerta...

(OC, II, 275)

Retornos de lo vivo lejano es otro libro unitario, otro espacio delimitado donde el poeta se encierra con su memoria, buscando la otra orilla a través de la infancia, del amor y de los recuerdos literarios e históricos. Alberti vuelve a los días infantiles en la bahía gaditana, reconstruye el amor con María Teresa León y evoca algunos capítulos dispersos de su vida: sus perros, imágenes de España, los poetas preferidos, etc. Entre ellos es necesario resaltar la figura de García Lorca en «Retornos de un poeta asesinado». El amigo granadino, desde *Vida bilingüe* hasta los últimos libros,

⁷ Una explicación más detallada de estos poemas puede consultarse en mi introducción a las *Obras Completas de Alberti*, I, pp. XXXI-CXXXIII.

esta presente en toda la poesía de Alberti. Su muerte simboliza la pérdida y sirve de crítica ante el comportamiento agresivo de la barbarie.⁸

Rafael Alberti se suma en *Ora marítima* a la celebración del trimilenario de la fundación de Cádiz: «A Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, que abrió los ojos a la luz del Atlántico en el año 1100 a de J.C., al celebrar ahora su tercer milenario le ofrece desde lejos este poema un hijo fiel de su bahía» (OC, II, 646). La evocación personal y colectiva de la historia de Cádiz le permite elaborar otro libro de tema único y bien estructurado, otro espacio consolador. Entre estos paraísos artificiales hay que incluir también la «Invitación a un viaje sonoro», recogida en *Pleamar*. Es una cantata para verso y laúd, en la que se perfila un recorrido temporal y geográfico a través de los distintos géneros musicales. Las coincidencias técnicas con *A la pintura* son evidentes, porque el verso se adapta con mucha agilidad a los temas que se van cantando.

Respecto a la poética del exilio es necesario hacer todavía una última consideración. El destierro de Rafael Alberti fue excesivamente largo: treinta y ocho años vividos día a día, entre marzo de 1939 y abril de 1977. La llegada resultó difícil, con las heridas demasiado abiertas y un futuro agobiante en todos sus aspectos. En «Como leales vasallos», un capítulo de *Entre el clavel y la espada* que tiene como telón de fondo el *Cantar de Mio Cid*, el poeta llega a escribir:

Duras, las tierras ajenas.
Ellas agrandan los muertos,
ellas.

Triste, es más triste llegar
que lo que se deja.
Ellas agrandan el llanto,
ellas.

(OC, II, 138)

Pero con el paso del tiempo el poeta y su poesía acaban integrándose en la tierra nueva, haciéndola suya. De una parte se agradece la suavidad del paisaje que va haciéndose familiar, que pierde su dureza, campo abonado por los años para las raíces antiguamente desgajadas; de otra parte se intuye una nueva tensión, un peligro de añadida melancolía.

Barrancas del Paraná:
conmigo os iréis el día
que vuelva a pasar la mar.

(OC, II, 702)

Después de tantos años, el regreso significará cambiar una nostalgia por otra. Y en efecto, cuando en 1963 deja Buenos Aires por Roma, Alberti escribe un soneto a la ciudad nueva, pero saludándola con gravedad de nostalgia, apesadumbrado por la vida americana que le pesa en sus espaldas:

⁸ La presencia de García Lorca en la obra de Alberti queda clara en su antología Federico García Lorca: poeta y amigo, Biblioteca de la Cultura Andaluza, Granada, 1984. García Lorca es otra de las constantes en la poesía albertiana del destierro.

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

(OC, II, 17)

Y en su estancia romana se producirá el mismo proceso de paulatina integración, no ya con la naturaleza, como fue norma en América, sino con la ciudad popular, la ciudad viva de la calle Garibaldi y el barrio del Trastevere. El poeta recoge estas palabras de Vittorio Bodini para presentar su libro «la comprobación de una humanidad simple, hormigueante y nerviosa, callejones sucios, muros corroídos, sórdidos vestigios y señales de una existencia en lucha por la supervivencia. La Roma, en fin, antioficial y antimonumental, la más antiguoethiana que pueda imaginarse». A lo que Alberti añade: «Todo esto sí, pero también la angustia incesante de un poeta lejano de su patria, que afronta su vida en medio de un pueblo sencillo y sorprendente» (OC, III, 11).

España, angustia íntima en los años de Buenos Aires y Roma. Pero el regreso será un cambio de nostalgia, significará recordar desde España la vida argentina e italiana. No estará bien en ningún lado, siempre deseará la otra orilla, porque el poeta vive arrancándose como un toro, con las raíces al aire igual que un árbol desgajado.

Y con esto volvemos al principio. La vida y la obra de Rafael Alberti se convierten en representación de la mejor poesía contemporánea, porque el poeta vive ideológicamente como un ser desterrado, como un extranjero, según diría Baudelaire, dispuesto a vivir sin patria, en permanente insatisfacción con la realidad, aspirando a cambiarla, a embellecerla, a llenarla de transformaciones. Un ser que paga con distancia su apuesta por la libertad.

Rafael Alberti encarna perfectamente esta configuración ideológica del poeta. Por eso los estilos literarios de sus libros se suceden en la inquietud de una insaciable búsqueda. Y por eso el destierro político real se convierte en sus manos en un tema de mucha fertilidad poética.

Luis García Montero